

Campeones del proletariado.

**El periódico
El Obrero
y los comienzos
del socialismo
en la Argentina**

Ricardo H. Martínez Mazzola



Frans Masserel

El periódico *El Obrero* y las posiciones y discursos que desde él se sostenían, en particular los de una figura como la de Germán Avé-Lallemant, han recibido más atención a fines de los años sesenta y principios de los setenta que en los años recientes. Las interpretaciones al respecto no surgieron desde el campo historiográfico sino desde el político, proviniendo de militantes que apelaron al antecedente del grupo de *El Obrero* para fundar sus posiciones en las luchas políticas de la hora.

El trabajo que con más detalle se ha concentrado en el discurso y las posiciones políticas sostenidas desde *El Obrero*, es sin duda el de Ratzer (1969), quien reconstruye las posiciones “revolucionarias marxistas” del grupo nucleado en torno a Lallemant, a los que denomina “marxistas argentinos del ‘90”, para contraponerlas con las “reformistas” que caracterizarían posteriormente al Partido Socialista conducido por Juan B. Justo.¹

Entre los trabajos más importantes se encuentra también el estudio inicial con que Leonardo Paso acompaña una compilación de artículos de Lallemant, publicado en 1974, en el que este autor, vinculado a las posiciones del Partido Comunista, destacaba el componente anti-imperialista, el detallado análisis de las fuerzas sociales y de la realidad nacional, así como la preocupación por la situación de los trabajadores rurales, del pensamiento del alemán.² En sus trabajos acerca de la historia de los partidos políticos, Paso (1983 y 1988) vuelve sobre las posiciones de *El Obrero* analizando las iniciativas que, desde el periódico y al interior de la Federación, se daban para constituir un partido político. Al respecto, rechaza (1983: 377) la afirmación de Ratzer que vincularía la fundación del Partido Socialista con una polémica entre sectores revolucionarios y reformistas, mostrando el papel que en dicha fundación tuvieron tanto Justo como Lallemant o Kühn.

En cambio, en el conjunto de los trabajos que en los últimos años tratan acerca del desarrollo de las ideas y organizaciones socialistas en la Argentina, las referencias al periódico *El Obrero*³ ocupan un lugar secundario, que contrasta con el creciente interés en la historia y las organizaciones de izquierda. Esto se debe a que los trabajos que se han ocupado de los orígenes del Partido Socialista, alejándose de la mirada fuertemente

negativa con la que se había caracterizado la política socialista desde el pensamiento de la izquierda nacional y la izquierda revolucionaria, se han concentrado en el período posterior a la organización del partido y en las ideas de Juan B. Justo. De todos modos, estos trabajos, aunque no hacen del período previo su tema principal, al acentuar la radicalidad de la ruptura planteada por Justo delimitan otra lectura, más crítica, del período anterior.

Esta lectura crítica es explícita en el trabajo señero en esta tarea de recuperación del pensamiento de Justo, “La hipótesis de Justo”, en donde José Aricó (1999: 41), continuando con su esfuerzo de reconstrucción de los avatares de la recepción e interpretación de las ideas marxistas en América Latina, subraya que la mayoría de los marxistas en Latinoamérica fueron incapaces de ver las cada vez más difíciles relaciones entre la “perspectiva palingenética” y la práctica de un partido de masas. El marxismo fue adoptado como una ideología del desarrollo en el marco de una insuprimible lucha de clases en la que los socialistas eran el partido del progreso. En este juicio Aricó abarca aún a “socialistas lúcidos” como Lallemant, quien, aunque consciente de las dificultades para la acción socialista en el subcontinente, habría sido incapaz de plantear propuestas que vincularan socialismo y democracia, por lo que habría confiado la realización del socialismo a una futura resolución en manos de las fuerzas de la historia.⁴

Del conjunto de trabajos que, siguiendo en parte las ideas de Aricó, analizan diferentes aspectos del pensamiento de Justo destacaremos dos que explícitamente subrayan la diferencia con las posiciones del grupo de *El Obrero*. El primero de ellos es el de Juan Carlos Portantiero (1999: 17-18), para quien la inclusión de Justo marca un punto de viraje en la historia del movimiento socialista argentino en lo referente a dos cuestiones: por un lado “su presencia abrió las puertas para la incorporación de una camada importante de jóvenes de origen nativo”; por el otro, Justo, que no era estrictamente marxista, desplazó al grupo marxista ortodoxo, el grupo de Lallemant y *El Obrero*, de la dirección del movimiento socialista al que intentó impulsar en una dirección más pragmática. El segundo trabajo es el de Geli y Prislei (1993), donde, a la lectura de Lallemant

que valora a la Unión Cívica Radical como una fuerza que debe realizar la “revolución burguesa” reencauzando el proceso de modernización frenado por la “oligarquía caudillera”, se contraponen la mirada de Justo, quien temía la ausencia de una etapa burguesa clásica, que se explicaría por la eficacia de la manipulación deformante del poder político sobre las desorganizadas fuerzas burguesas y democráticas; frente a esta situación, Justo consideraba que la única fuerza que podía tomar en sus manos las tareas democráticas y transformadoras era el propio Partido Socialista, el que para ello debía transformarla en eje de una alianza de clases.

Si bien estos trabajos permiten hablar de una profunda cisura entre las líneas maestras de la política del Partido Socialista con respecto a las sostenidas previamente por el grupo de *El Obrero*, ellos no avanzan en el análisis de las posiciones políticas específicas sostenidas por este grupo, sus transformaciones y sus conflictos internos. Este análisis tampoco ha sido emprendido, a pesar de la mayor atención prestada al grupo, por Ratzer, Paso o García Costa, a los que, la centralidad de los imperativos políticos de la hora, habría llevado a dos limitaciones (en ambos casos, una excepción parcial la encontramos en Paso): en primer lugar, a colocar en un segundo plano las tensiones internas y las transformaciones en el tiempo dando al discurso sostenido desde el periódico una unidad y permanencia inexistente; y en segundo lugar, a una anacrónica identificación de la propia tradición con el marxismo mismo, desatendiendo la complejidad de los debates del movimiento socialista internacional y su fundamental influencia en las posiciones adoptadas por los socialistas en nuestro país.

En este trabajo nos proponemos avanzar en el análisis de algunas de las líneas políticas fundamentales sostenidas desde *El Obrero*: su concepción de las tendencias del desarrollo capitalista, de las clases sociales y de la acción política, teniendo en cuenta sus modificaciones en el tiempo y la influencia de los debates del movimiento socialista internacional. Nos proponemos también, partiendo de estas transformaciones en la estrategia política, avanzar en la reconstrucción del proceso que tendría como resultado la división del periódico y el surgimiento de los “her-

manos-enemigos”: *El Obrero* (segunda época) y *El Socialista*.

***El Obrero* y la difusión del socialismo científico**

Aunque *El Obrero* no es el primer periódico socialista de nuestro país⁵, su publicación constituye un hito fundamental en la historia de esta tendencia, en primer lugar por el carácter institucional del mismo, que no era órgano de una sociedad de resistencia o de un club, sino de la naciente Federación Obrera⁶ que se había propuesto nuclear tanto a sociedades de resistencia como, en la “Sección Varia”, a militantes socialistas. Este carácter ambiguo de la Federación se potenciaría en el periódico, a la vez órgano de la Federación y tribuna política de los socialistas. Esta segunda dimensión se impondría, haciendo de *El Obrero*, junto con la “Sección Varia”, uno de los principales núcleos desde donde impulsar la construcción de un Partido Socialista.

El segundo motivo por el cual la publicación de *El Obrero* constituye un hito fundamental en la historia del socialismo en la Argentina, es su adhesión explícita al “socialismo científico” —es decir, a una concepción marxista del socialismo— cuyas categorías intentó emplear para analizar la situación social y política local. Desde su primer número, los redactores de *El Obrero* se embarcaron en un esfuerzo orientado a exponer y difundir los postulados teóricos marxistas. Así, ya en el artículo que inaugura este número inicial, titulado “Nuestro Programa”, se sostiene:

“Venimos a presentarnos en la arena de la lucha de los partidos políticos en esta República como campeones del Proletariado que acaba de desprenderse de la masa no poseedora, para formar el núcleo de una nueva clase que, inspirada por la sublime doctrina del socialismo científico moderno, cuyos teoremas fundamentales son la concepción materialista de la historia y la revelación del misterio de la producción capitalista por medio de la supervalía (sic) —los grandes descubrimientos de nuestro inmortal maestro Carlos Marx—, acaba de tomar posición frente al orden social vigente” (*EO*, 12/12/1890).

En este párrafo encontramos algunas de las cuestiones fundamentales en las que se centrará la tarea propagandística de *El Obrero*: la concepción materialista de la historia, el vínculo del proletariado con otras clases y la necesidad de la acción política; en cambio, no será un componente central de su prédica —tal vez por lo “abstracto” del tema— “la dilucidación del misterio capitalista a través de la superválía”. Con respecto a la primera cuestión, es también en el número inicial que encontramos el artículo “La crisis económica y Financiera”, en el cual, partiendo de la noción de que “las condiciones de la vida material son las que dominan al hombre, y (...) determinarán siempre las costumbres, las instituciones sociales, económicas, políticas, jurídicas, etc.”, se deduce la Revolución del '90 y la evolución futura de la política local de la situación económica y, más en particular, financiera.

A la certeza de poseer el instrumento preciso de interpretación de la realidad, se aunaba la confianza en las tendencias que se leían en dicha realidad; así, dirigiéndose a los compañeros que desesperaban de la proximidad del cambio revolucionario, el periódico sostenía:

“Y sin embargo, si observamos atentamente el desastroso rumbo que está tomando el mundo capitalista de hoy, la tremenda concentración acelerada que experimenta el capital en manos de unos pocos individuos, la generalización de la miseria en masas del pueblo trabajador, el crecimiento continuo del ejército de reserva del trabajo, la ruina de los Estados, gracias a las deudas públicas, la rapidez con que las crisis industriales y comerciales se siguen una tras otra, siempre en intervalos más cortos y de intensidad más pronunciada, entonces no puede haber duda de que pocos, muy pocos años nos separan de la gran revolución social... La próxima transformación inevitable de los ejércitos permanentes en milicias armadas, va a ser seguramente el primer paso de la caída del sistema capitalista, y esta transformación está en la atmósfera, tiene que ser un hecho dentro de muy poco con absoluta necesidad fatalista” (*EO*, 17/1/1891).

El carácter determinado de las tendencias históricas, del proceso de desarrollo “al que no lo ataja, no lo paraliza nadies (sic)”,⁷ colocaba en un lugar central la distancia del proletariado con res-

pecto al resto de las clases sociales, en particular de la pequeña burguesía. Por otro lado, la centralidad de la tarea educativa y organizativa orientada al momento revolucionario, llevaría a enfatizar la importancia de la lucha política y la necesidad de constituirse en partido para ello, así como la prioridad del partido así constituido sobre las formas de organización sindical.⁸

La crisis del '90. Hacendados, caudillos y gran capital

En el artículo-manifiesto que abría el primer número del periódico, se planteaba que en la Argentina había predominado desde su origen “el régimen del caudillaje”, sistema que se apoyaba en el sistema de las encomiendas y la esclavitud, las que, abolidas de derecho, permanecían sin embargo en las zonas menos “civilizadas” (en cursiva en el original) en las que no tenía peso el elemento extranjero. La referencia al elemento extranjero no era solamente —ni centralmente— a la población sino al capital, el que, en búsqueda de nuevos mercados, estaba llevando adelante la obra civilizatoria, que implicaba tanto organizar la producción de acuerdo a las leyes capitalistas como realizar “en el orden social las instituciones del liberalismo democrático burgués, como única organización social adecuada al máximo desarrollo de la libre competencia o concurrencia”. Este capital inicialmente habría utilizado a la “oligarquía del caudillismo” para ingresar al país, pero cuando ésta última abusó del poder del Estado, violando las leyes de la competencia y de la sociedad democrática burguesa a través del “Unicato”, debió declararle la guerra. Así, la Bolsa, se argumentaba, se enfrentó al “gobierno caudillero” y “siguiendo la acción civilizadora del capital se alzó la Unión Cívica, levantando la bandera del régimen puro de la sociedad burguesa”. La llamada hoy Revolución del '90, es vista así como “la revolución de la burguesía argentina por excelencia” y, aunque se plantea que el caudillismo se habría recuperado con Pellegrini, se confía en su pronta rendición. El elemento central de este artículo programático está dado por el supuesto de la necesaria correspondencia entre fuerzas sociales y régimen político, entre predominio de la producción capitalista y realización del régimen democrático liberal. El capital, que es visto como la

fuerza modernizadora en la estructura económica y social, es también la fuerza que impulsa, a través de la Unión Cívica, la democratización política: el “régimen burgués puro” es así saludado, ya que en él están los gérmenes “de la futura sociedad comunista”.

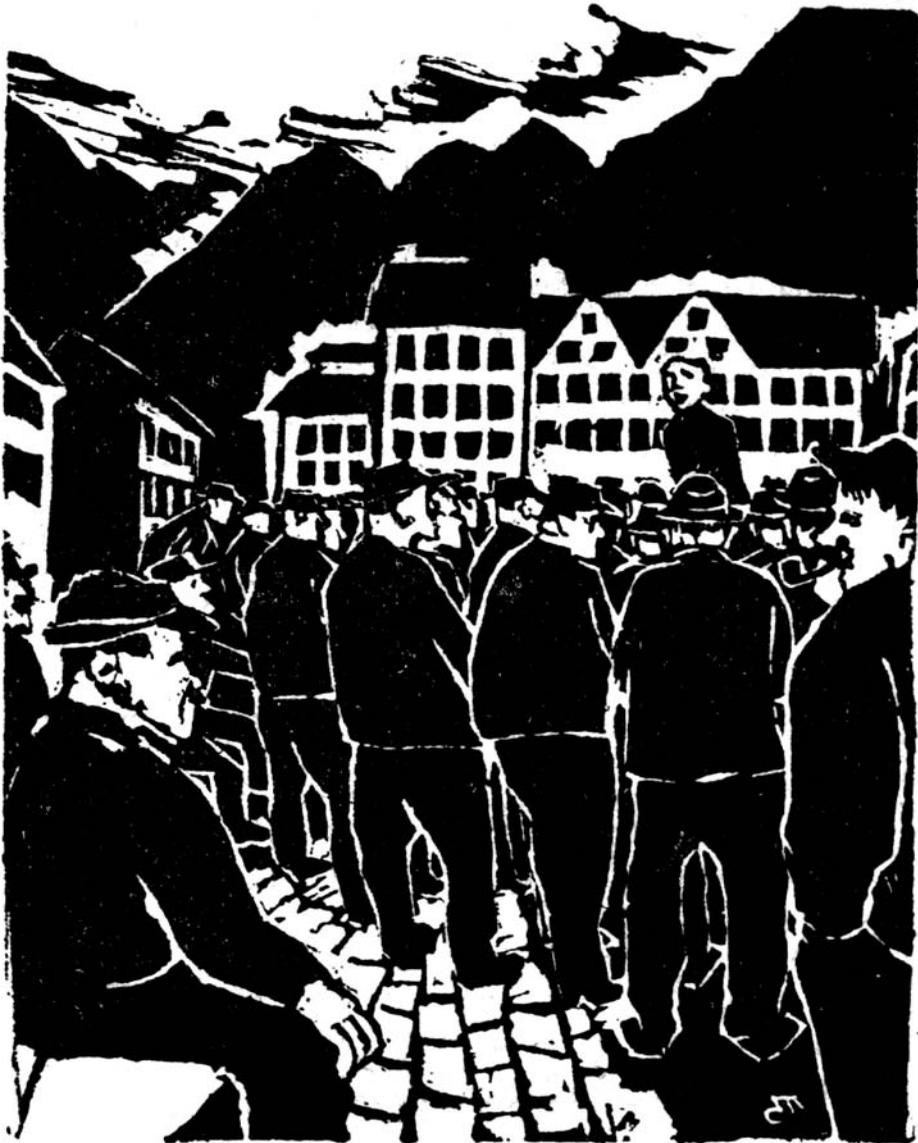
En el mismo número inicial encontramos un artículo titulado “La crisis económica y financiera”, en el que se explica el alzamiento de la Unión Cívica como un movimiento de la pequeña burguesía frente a la bancarrota desatada por el caudillaje. La caracterización de la pequeña burguesía y de la fuerza que, se considera, la representa, es menos halagüeña, pero más explícita con respecto al vínculo con el capital extranjero. La pequeña burguesía habría apoyado esperanzada las ilusiones del progreso patrio proclamadas por el caudillismo hasta que, al ver amenazada su posición, habría recordado a “la patria en peligro” y los valores de justicia y libertad. Es así que esta clase, incapaz de ver sus intereses, levanta las banderas cívicas, que son las de la “República democrática burguesa”; creyendo salvar la patria acabará con el caudillismo, pero no impedirá la ejecución por parte de los acreedores que establecerán “un sindicato ejecutivo para la administración de la hacienda pública, exactamente como los mismos capitalistas europeos lo hicieron en Egipto”. La planteada semejanza con la intervención británica en Egipto es retomada en una nota en la “Revista del Interior” donde, más allá del carácter irónico de la comparación, se percibe una apuesta por la simplificación y la progresiva transparencia de la dominación⁹, que hace preferir un gobierno de clase frente a “los intermediarios ladrones” del caudillismo.¹⁰

La explicación más detallada de la estructura social argentina se encuentra en la serie de artículos titulada “Los elementos de la producción en la República Argentina”, que fue publicada en *El Obrero* entre enero y marzo de 1891. En ella, luego de exponer los conceptos fundamentales del análisis marxista de la estructura del capitalismo, y explicar los principios de la división internacional del trabajo que fundan la imposibilidad del desarrollo industrial de países como la Argentina, se realiza una descripción más detallada de la estructura social local. La fertilidad del suelo, se sostiene, es casi la única ventaja del país y es en

base a ella que debe orientarse el trabajo productivo; el problema es que esa ventaja, que no es natural sino resultado del trabajo social de generaciones, es apropiada por la clase de los terratenientes, los que, empleando la fuerza pública, se han apropiado del uso del suelo. A continuación se analizan las características “retrógradas” de la clase de los estancieros, se distinguen las difíciles relaciones que establecen con los puesteros y los peones, y se identifica a la clase de los colonos y labriegos con la pequeña burguesía, con la que compartiría las ilusiones con respecto a las posibilidades de la pequeña propiedad y la posibilidad de apelar al Estado en su defensa. Frente a ello, el pronóstico es claro: “semejante régimen industrial agrícola supone la división de la tierra y el fraccionamiento de los demás medios de producción; supone pues un grado de desarrollo imperfecto de la producción capitalista siendo sólo compatible con un estado restringido y mezquino de la producción y la sociedad.”. La pequeña producción es incapaz de competir con “el régimen capitalista de los cultivos en grande escala” que se va imponiendo a nivel internacional; por ello, se sostiene, “el sistema de explotación de nuestra pequeña agricultura, apenas nacido, ya está condenado a ser, y será en efecto muy luego, aniquilado. La diminuta propiedad de los colonos y chacareros será convertida en propiedad colosal capitalista, por medio de la dolorosa y terrible explotación del pueblo trabajador”. La concentración capitalista en la agricultura que, siguiendo la ortodoxia de la Internacional, se suponía inevitable, daba por resultado la simplificación social. Así, se afirmaba:

“Los miembros de la clase de los pequeños agricultores serán entonces naturalmente echados a los rangos del proletariado y arruinados completamente. Esta ruina ha principiado a realizarse ya, e irá consumiéndose rápidamente... O el elemento extranjero se sobrepone y reforma el país o la ejecución de los banqueros europeos cambiará radicalmente las condiciones económicas del país. De la manera retrógrada como hoy se lleva adelante el proceso de producción no podemos continuar” (21/2/1891).

Aunque la prognosis parece plantear una alternativa, un pequeño lugar para la acción política encarnada por los extranjeros, la probabilidad y



Clement Moreau

las fuerzas de la historia vuelven a estar puestas en el papel del gran capital extranjero, el que de todos modos acabará con las formas retrógradas de la producción. La confianza en el papel progresivo del capital internacional, el que realizará el “régimen burgués puro”, reaparece en un artículo publicado en el nº 13:

“La clase burguesa se haya dividida aquí en Buenos Aires como ya hemos dicho varias veces, en la clase alta *high-life* de los grandes estancieros, gran hacendados, que gobiernan el país en absoluto desde la independencia por medio del caudillaje, de la pequeña burguesía, cuyos miembros son honrados por los de la clase alta con el sobrenombre de *los compadritos*, y en los partidarios del *capital internacional*, especialmente europeo” (EO, 21/3/1891).

La crisis económica en curso es interpretada como “una verdadera revolución económica y social, que ha de ser muy benéfica al país”; en ella, el papel fundamental lo tiene el capital internacional “en cuya dependencia de facto nos hallamos desde el primer empréstito contraído, y a la cual se ve arrastrada la pequeña burguesía”. Se establece así una lucha entre el capital internacional y la pequeña burguesía por un lado, y el caudillaje político, instrumento de los terratenientes, por otro, lucha que, se confía, dará el triunfo a los primeros, instalando el “régimen burgués puro”, que los intereses del capitalismo exigen. Es frente a esta sociedad burguesa que dará la lucha el proletariado.

La presión del capital internacional, sostiene el nº 24 de *El Obrero* (8/6/1891), sometía a los gobiernos aliados a los grandes hacendados —a los que, apelando al término acuñado en París, se denominaba “*rastaquouères*”— a difíciles dilemas, como el que introdujo el proyecto presentado por el diputado Morena proponiendo gravar las haciendas. Los ingresos públicos, se sostiene, se basaban en el sistema de contribuciones directas que liberaba a los grandes hacendados, recargando a la clase media y proletaria. Se explicaba que “*rastaquouères*” como Pellegrini, Roca y López, mantendrían con gusto la política impositiva sobre este sostén, pero “los que ya nada tenían nada o muy poco tienen no pueden pagar, aunque les azoten, y los capitalistas ingleses insisten con el pago de la deuda. Qué dilema! El

proyecto Morena es la manzana de la discordia tirada a la clase *high life*, y es el principio de la guerra civil que no tardará mucho en estallar.” Volvemos a encontrar aquí cierto papel progresivo de los capitales extranjeros los que, para poder cobrar, necesitan del establecimiento de un sistema más “racional” de impuestos y que, para obtenerlo, entablan la lucha con los hacendados.

El papel de la pequeña burguesía y la Unión Cívica Radical

Hemos visto que en las intervenciones del primer número de *El Obrero* la Revolución del '90 es presentada como una revolución burguesa. El motor de la misma sería la tendencia expansiva del gran capital obstaculizado por los gobiernos caudillistas asociados a los grandes hacendados. En esta lucha considerada necesaria y progresiva, la pequeña burguesía habría puesto “las manos y la sangre”: movida por la situación económica y no por banderas de democracia, libertad y justicia, este sector social se había sublevado y creado a su campeón, la Unión Cívica, a la que cubrió con velos ideales. De todos modos, la caracterización no es del todo negativa: la Unión Cívica no realiza “la” justicia social o “la” revolución social, pero a través de “su” revolución, favorece el establecimiento del imperio del capital y del “régimen puro de la sociedad burguesa”, condición necesaria para el futuro triunfo proletario.

Pero la mirada se hizo más negativa al hacerse pública la postulación de Mitre como candidato de la Unión Cívica para las elecciones presidenciales de 1892. La pequeña burguesía no habría cumplido el papel de destruir “el caudillaje unido en el *rastaquouèrismo* político”, y se habría dejado “embaucar y ahorcar sin resistencia alguna”. La Unión Cívica habría defraudado la expectativa de realizar la revolución burguesa, pasando a representar a los terratenientes en forma más directa aún que el roquismo, al que se liga con la intermediación política.

Así, las primeras expectativas positivas con respecto a la posibilidad de una revolución pequeño-burguesa encabezada por la Unión Cívica fueron reemplazadas por duras críticas, y luego por cierto desinterés con respecto a dicho sector. En un artículo publicado en el nº 4, titulado “La industria nacional”, se explica que la pequeña bur-

guesía, a la que se identifica con “la clase media”, es el lacayo de los grandes hacendados. La existencia de la pequeña burguesía es “la piedra angular sobre la que descansa el edificio del estado burgués moderno”. El optimismo se basa en las tendencias históricas que marcarían la condena de esta clase media, llevando a la polarización social, las que no pueden ser percibidas por la pequeña burguesía, que confía en salvarse con soluciones mágicas, como la de “levantar la industria nacional”.

Estas críticas centradas en las ilusiones de la pequeña burguesía disminuyen en mayo de 1891, momento en que se hacen más explícitas las tensiones dentro de la Unión Cívica, y desde *El Obrero* se depositan mayores esperanzas en el papel revolucionario del ala “radical”. Así, encontramos un análisis de esa “interna” en el que se contraponen a la figura de Mitre —al que se asocia con la clase de los hacendados *high life*— con las de Alem y Del Valle —quienes, se destaca, son empujados “por sus clientes, la pequeña burguesía, a quienes la crisis va llevando sus capitalitos y el hambre corriendo sobre los talones”, a oponerse a “los ladrones”— (16/5/1891). Esta línea es acentuada en el número siguiente del periódico, donde se comenta un manifiesto de Alem que declara “que en ningún caso aceptará proposiciones que habiliten a los *representantes del oficialismo* para continuar en punto alguno de la república ‘el funesto régimen que hemos combatido y seguiremos combatiendo’” (24/5/1891); ante ello, la posición de *El Obrero* es elogiosa, se aplaude el proceder de Alem y se caracteriza a la Unión Cívica como un partido democrático que, por lo tanto, “no puede pactar con Roca ni tampoco con Mitre”.

A mediados de julio, siendo ya clara y pública la división de la Unión Cívica y el surgimiento de la Unión Cívica Radical, el articulista no oculta su satisfacción: “Se separaron en fin definitivamente de la U.C. los sostenedores y clientes de la clase de los grandes hacendados y del caudillaje, bajo la bandera de Mitre-Roca. Los demócratas bajo Alem, quedaron los fumados.” En esta ocasión el engaño no aparece como destino ineludible de la pequeña burguesía, sino como posibilidad de un aprendizaje, preguntándose si “¿al fin habrá aprendido algo la pequeña burguesía en esta campaña vergonzosa? ¿O hallará otro traidor co-

mo Mitre otra vez?”. Esta duda reaparece al comentar el fracaso del pacto entre Mitre y Roca:

“Pero no nos entreguemos a ilusiones sobre el partido radical de la Unión Cívica tampoco. Los discursos de sus prohombres y el contenido de sus diarios (véase sobre todo un desencantador artículo del Dr. Irigoyen en *El Argentino*) revelan incontestablemente que la U.C. sigue navegando como siempre en las aguas de la pequeña burguesía, sin darse cuenta de lo que alrededor de ella pasa. Los discursos y contemplaciones publicados en ocasión de la celebración de la revolución del Parque el 26 de Julio, revelan como los compadritos no son capaces de criticar, ni de avalorar en toda su magnitud histórica los acontecimientos políticos y económicos contemporáneos, y que inconscientemente se dejan llevar por las circunstancias como la caña por el viento, y siempre con las miradas de respecto (sic) humilde hacia la clase de los grandes hacendados y con el aire de odio menospreciativo para con las masas del pueblo trabajador. El Compadrito nunca aprende algo, pero sin saberlo está obrando obedientemente bajo el impulso de la tendencia histórica, que está empujando el mundo entero hacia la instalación de la Sociedad comunista irreversiblemente” (*EO*, 8/8/1891).

En el fragmento aparece claramente expresada la ambigüedad de la visión, no sólo sobre el radicalismo y dirigentes como Bernardo de Irigoyen, sino también sobre la pequeña burguesía, con respecto a la cual se insiste en su “inconsciencia”.

Si las críticas a la Unión Cívica habían disminuido al anunciarse la escisión de los “radicales” —en cuyo papel revolucionario, que acabaría con el caudillismo y los intereses de los terratenientes, se depositaban ciertas esperanzas—, la disipación de esas ilusiones llevaría en un inicio a una caracterización más negativa del radicalismo¹¹, y luego a cierto desinterés por el papel de esta fuerza. Las referencias al rol del radicalismo prácticamente desaparecen en los últimos números de *El Obrero*, en los que el análisis se plantea más directamente en términos de conflictos entre “Agrarios y Bolsistas-Financistas”¹², conflicto que, además de aparecer como confrontación directa entre fuerzas sociales sin referencias a su media-

ción política, se desdibuja el papel de la pequeña burguesía con la que se identifica al radicalismo.

Pequeños burgueses y proletarios

Esta transformación en la mirada acerca del radicalismo y la pequeña burguesía se vincula también con la adopción de una versión más estricta de la teoría de la simplificación social como condición de la revolución, que acentuaba la distancia entre el proletariado y la clase de los pequeños propietarios. Estas posiciones coincidían con el programa que la Socialdemocracia alemana (SPD), el partido faro del movimiento socialista internacional, había adoptado en el Congreso que, en el mes de octubre de 1891, había tenido lugar en Erfurt. El programa tendría gran influencia en el movimiento socialista internacional, y su carácter “modélico” se haría sentir fuertemente en el grupo editor de *El Obrero*, formado fundamentalmente por emigrados alemanes.¹³

El programa fue rápidamente traducido y publicado en *El Obrero* (12/12/1891), a menos de dos meses de haber sido aprobado, pero aún antes de esto las posiciones en él adoptadas fueron recogidas en el periódico en dos artículos que acentuaban la distancia entre el proletariado y el resto de las fuerzas sociales. En el primero de ellos, titulado “Pueblo y proletariado” (28/11/1891), se explica que la idea de “pueblo” dejó de tener importancia con la caída del absolutismo que dividía la sociedad entre pueblo y gobierno. “Pueblo”, se afirma, pasó a ser una apelación de “los políticastros burgueses”, un concepto sin sentido ya que reúne a varias clases con intereses antagónicos. Si los Socialistas apelan al “pueblo”, explicaba el artículo, lo hacen en reemplazo del proletariado comprendiendo por tal al “trabajador asalariado de la época capitalista”. El proletariado es sólo una parte del pueblo y, se reconocía, una minoría de la población que, aunque creciente, aún estaba lejos de ser mayoritaria, ya que muchos de los pequeños burgueses y labradores no caían en el proletariado sino que pasaban a ser “buhoneros y pulperos” —aún pequeño-burgueses—, o caían en el “atorrantismo”, calificación autóctona para el lumpenproletariado. La importancia del proletariado —se resaltaba con argumentos que seguían casi textualmente lo afirmado en Erfurt—, no venía de su número sino

de su carácter absolutamente indispensable, y la conciencia de esa “indispensabilidad” era la que inspiraba al proletariado su energía, su valor, “la persuasión de que en él se encarnan las grandes aspiraciones y elevados propósitos de la humanidad entera”, y la certeza de que en su lucha es absolutamente invencible.

En el número siguiente, *El Obrero* continuaba estas reflexiones con un artículo titulado “Democracia y Proletariado” en el que se afirmaba que las instituciones democráticas suponían “un robustecimiento de todo el pueblo, no solamente del proletariado, sino también de sus enemigos y opositores”. Si bien estas instituciones permitían emprender la lucha donde antes era necesario sufrir pasivamente, ellas no llevaban por sí solas al triunfo. Éste, se afirmaba, era favorecido por la división de los burgueses que luchaban entre sí, y por el “carácter ambiguo de la pequeña burguesía”, la que, según las condiciones momentáneas de la lucha “tan pronto se conduce de burgués, como se enfila al ejército proletario”. Esta clase, se afirmaba, suele ser políticamente decisiva y eliminar muchos obstáculos del camino del proletariado pero, se advertía, constituye un elemento inseguro y sólo el proletariado consciente de su misión y el partido revolucionario podían conquistar el triunfo.

La confianza en las tendencias históricas y en la proximidad de la revolución llevaban a rechazar la necesidad de una alianza con la pequeña burguesía para realizar una revolución democrática. Estas ideas fueron puestas de manifiesto en un artículo publicado a principios de enero de 1892 en el que, tratando de la constitución del “Partido Reformista”, se declaraba simpatía y a la vez se criticaba lo limitado de su horizonte. Frente al carácter “nacionalista” de este programa se contrastaba la posición de “los Socialistas (quienes) fundamos nuestra esperanza para la realización de nuestras aspiraciones en la República Argentina, sobre todo en el giro que tomarán las cuestiones económicas y políticas en Alemania, Francia e Inglaterra. Allí se halla el centro del mundo civilizado, y es allí donde se juega la suerte de la humanidad entera”. Los procesos que allí se desarrollan, se explicaba, hacen que la “gran cuestión” que ocupa a la humanidad ya no sea la “cuestión democrática” sino la “cuestión social”. Así, la pequeña burguesía que siente ardores por

la resolución de la cuestión democrática llega tarde ya que “antes que el partido reformista haya logrado constituirse en partido fuerte y poderoso, la revolución social en Europa habrá barrido a la burguesía capitalista de la faz de la tierra, con todas sus miserias, y sus democráticas hipocresías, también a la burguesía argentina, a la gran capitalista como a la de los compadritos”. Observamos aquí un importante cambio con respecto al etapismo preponderante en los primeros artículos: la inminencia de la revolución socialista en Europa torna anacrónica la realización de la revolución burguesa que resolvería la cuestión democrática. Los desajustes temporales del modo de producción capitalista permitían pensar en una revolución socialista que no pasara por la etapa de la “democracia burguesa pura”, con lo cual la importancia de la pequeña burguesía, y su principal representante, la Unión Cívica Radical, se desdibujaba. Un ejemplo de estas posiciones se encuentra en un artículo que, luego de pasar revista a los fundamentos de las tendencias que llevan a la concentración de capitales y a lo infructuoso de los esfuerzos que por oponérsele realizan el Estado o asociaciones de particulares, concluía: “No hay salvación para el pequeño burgués industrial. El cimiento económico sobre el que se funda su existencia está socavado, y el desarrollo económico lo hunde, lo arroja sin piedad a las filas del proletariado”(16/4/1892).

El artículo explicaba el motivo por el cual se proclamaba con alegría la tendencia al predominio de los grandes capitales: a través de ella se realizaba la simplificación de la sociedad, se socavaba “la piedra angular” del Estado burgués moderno, y se acercaba el día de la revolución. Sin embargo, explicaba otro artículo, aunque la concentración de capital se haya realizado en una escala avanzada “no llegó todavía al punto de hallarse la sociedad dividida definitivamente en dos clases rigurosamente alejadas y opuestas la una a la otra, a saber, en una clase de propietarios capitalistas, y en una segunda clase de expropiados proletarios” (7/5/1892). A continuación se sostenía que la presencia de otros sectores sociales “una clase agraria o de grandes hacendados privilegiados, de la pequeña industria manufacturera, de la agricultura por el sistema colonial y chacarero y de otras formas económicas y

sociales, prueban la conservación de tales restos del orden feudal.”

Desde esta perspectiva el progreso histórico se identifica absolutamente con la simplificación social que lleva a la sociedad burguesa en estado puro; de hecho, se continúa exponiendo, serían las propias clases dominantes las que, “obedeciendo a sus instintos de conservación e impulsados por el temor ante la clase oprimida de los proletarios, se ven obligadas a otorgar miles de concesiones a favor de la clase media, de la pequeña burguesía, con el objeto de impedir el pronto desenlace definitivo de la guerra de clases, que tendrá lugar infaliblemente en el momento en que la clase media haya perdido su influencia preponderante en la evolución política y social”. Aunque estos esfuerzos “diplomáticos y estratégicos” de las clases dominantes nada pueden ante el “curso natural” de la evolución económica, el proletariado debe tomarlos en cuenta y recordar que tanto “el capital grande y el chico, el gran hacendado y el grande industrial, tanto como el pequeño patrón maestro de taller, son nuestros enemigos natos”. En base a estas posiciones es imposible pensar un vínculo positivo con la pequeña burguesía o los chacareros, ambos enemigos del proletariado; el artículo concluye llamando a distinguir cuál de ambos es el elemento productivo, y en base a ello emprender la acción como partido revolucionario. En sintonía con lo resuelto en el Congreso de Erfurt, las fuerzas del progreso se identifican aquí claramente con las fuerzas que despliega el capitalismo, y así con la lógica expansiva del gran capital, la que no debe ser obstaculizada por el proletariado en defensa de intereses condenados y reaccionarios como los de la pequeña burguesía.

La polémica con el Vorwärts y la división de *El Obrero*

La adopción de una versión más ortodoxamente marxista también desató tensiones al interior del movimiento socialista, en particular entre *El Obrero* y la asociación que había sido su principal impulsora: la Asociación *Vorwärts*. Así, en el nº 56 (13/2/1892), se responde al periódico de la misma, también llamado *Vorwärts* —que había calificado a los redactores de *El Obrero* como “fanáticos, utopistas y teóricos”, reclamando para sí el



Frans Masereel

calificativo de “hombres prácticos”— con una cita de Marx para quien dichos “prácticos” serían “sobresalientes en la estupidez humana”.

La polémica se acentúa en el mes de marzo, al publicarse un artículo que reivindica al “compañero Malorny”, quien estaba a cargo de las suscripciones de *El Obrero* en la provincia de Santa Fe, quien, en un artículo en el *Vorwärts*, discute con “la teoría anti-federativa” que dicho club y dicho periódico sostenían. Esta, decía el artículo de *El Obrero*, se basa en la “absurda doctrina” que defiende las “sociedades de resistencia aisladas y no socialistas que deben recomendarse aún a los obreros más estúpidos porque les traerían ventajas materiales”. Frente a ello se enfatiza la importancia de la propaganda socialista y la coordinación entre las sociedades de resistencia.

En el nº 61 (19/3/1892), *El Obrero* vuelve sobre la caracterización de lo “práctico”, asociándolo al “pequeño burgués” o “burguesito”, cuya filosofía, explica, es el individualismo y su única regla, “cínica y descarada”, el utilitarismo. El “hombre práctico” es así igualado con el “filisteo”, con el pequeño burgués que es incapaz de comprender los problemas de su época y para quien sólo existe su negocio. Esta caracterización, concluye el artículo, vale no sólo para el pequeño burgués sino “para el proletario ofuscado por las ideas de la pequeña burguesía en aquellos momentos en que posee más de lo que precisa en la vida”. Vemos así que los “hombres prácticos” con los que se identifica a los miembros del *Vorwärts* se asocian a la pequeña burguesía o a la aristocracia obrera, sectores ambos rechazados por un socialismo que cada vez más se pretende marxista y dispuesto a interpelar al cuerpo principal del proletariado.

Semanas después se sienta posición respecto a si la clase obrera debe tener o no participación política. Para hacerlo, se distingue entre la política parlamentaria, “juego de intrigas entre los partidos burgueses”, de la política propuesta por los socialistas:

“Lo que comprendemos bajo la palabra *política*, es constituirnos independientemente de los partidos burgueses, en un partido aparte, un partido socialista proletario obrero, con el propósito de defender y guardar los intereses de nuestra clase en el Estado y conquistar al

fin el poder, para poder realizar los fines enumerados en nuestro programa. Si queremos obrar en consonancia con nuestro programa, tenemos que empeñarnos en la creación de una fuerte Federación obrera de secciones gremiales con carácter socialista, y en la constitución de un partido socialista obrero” (*EO*, 16/4/1892).

El primer elemento destacado es la afirmación del espíritu de escisión de los trabajadores, la necesidad de constituir “un partido aparte”, que defendería los intereses de clase al tiempo que afrontaría la conquista del poder, de modo que la coincidencia entre las prácticas reformistas y los fines revolucionarios aparecen como no problemáticas. El segundo elemento importante estaría dado por la declaración de la necesidad de dos organizaciones: una federación gremial y un partido socialista, los que se dividirían las tareas económicas y políticas hasta el momento fusionadas en la Federación Obrera.

La polémica con el *Vorwärts* se torna virulenta en los últimos números de *El Obrero*. Así, el nº 84 (27/8/1892), presenta un duro artículo contra los anarquistas, “los peores enemigos de la clase obrera” a los que se considera “patrocinados por la prensa” que da publicidad a sus actividades, para después tener un pretexto para realizar persecuciones dirigidas fundamentalmente a los socialistas. Prensa burguesa, policía y anarquismo forman, concluye el artículo, “la sacrosanta trinidad” contra la que lucha el socialismo. En el mismo número se critica la publicidad que dan “los diarios burgueses” a las fiestas dadas en sociedades obreras, fundamentalmente de carácter étnico, entre las que se nombra al *Verein Vorwärts* junto a sociedades republicanas italianas y españolas. En éstas, la burguesía introduce a sus miembros que “gracias a los medios pecuniarios de que disponen, se apoderan de la dirección de la sociedad, o influyen de tal modo en su seno, que paulatinamente estas sociedades adoptan tendencias burguesas muy pronunciadas.” Así *El Obrero* denuncia que el *Vorwärts* y las otras sociedades habrían perdido su carácter obrero, y estarían copadas por la burguesía que, plantea el artículo, ha aprendido esa táctica de los anarquistas asociados, nuevamente, con la policía y la prensa burguesa. Frente a esta labor de “traidor envenenamiento de las sociedades obreras” por

parte del anarquismo, cuyo acabado ejemplo sería lo sucedido en el *Vorwärts*, “soi-disant socialista”, *El Obrero* declara permanecer en “la vanguardia, luchando contra el enemigo de la humanidad”.

En el nº 86 (10/9/1892) se discute con un artículo publicado en el periódico *Vorwärts* —que aconseja a la redacción de *El Obrero* “transformar las ideas a la práctica”, tachando a la misma dirección como contraria a los intereses de *El Obrero*—, ante lo cual se repite que la reivindicación de “lo práctico”, idea ligada a lo individualista y utilitario, no puede ser defendida por “individuos que escriben para un periódico que se dice socialista”, con lo que se plantea la duda de que el *Vorwärts* lo sea. Y es el final. El último número de la primera época de *El Obrero* es el nº 88, publicado el 24 de septiembre de 1892.

Federación o Partido

Cuando *El Obrero* vuelve a aparecer, el 4 de febrero de 1893, más allá de los esfuerzos por mantener la continuidad —que se manifiestan en la numeración correlativa y en el empleo de las mismas consignas—, resulta evidente que es otro periódico.¹⁴ A su cabeza está Gustavo Nohke, en cuya zapatería se encuentra la dirección del periódico, junto a Esteban Jiménez, dos de los miembros del antiguo periódico que se habían opuesto a la línea política que privilegiaba la construcción del partido sobre la continuidad de la Federación.

La continuidad de la Federación es defendida ardientemente en los pocos números del nuevo periódico y la polémica con los partidarios de construir un partido llena las páginas, dejando poco espacio para otras cuestiones. Así, entre el nº 92 y el 95, se publica un largo artículo titulado “Federación y Partido” en el que se sienta posición combatiendo “la peregrina idea de fundar un Partido cuando no hay terreno preparado”. La consideración acerca de los tiempos marca su argumentación, la Federación trabaja por conseguir, “hoy”, la mejora de las condiciones de vida del proletariado, tarea para la cual éste debe permanecer unido, de modo de llegar “mañana” al fin deseado: la emancipación del proletariado y la sociedad comunista. En el presente lo fundamental es dar unidad al proletariado, se afirma en dis-

cusión implícita con los que se alejan de la mayoría, para luego avanzar hacia la conquista del poder político. La perspectiva de esta conquista, se explica en el número siguiente, no desaparece, pero la necesidad de la lucha política no implica la necesidad inmediata del Partido, ya que mientras éste “se dedica únicamente a la lucha política, la Federación batalla tanto en el terreno económico como en el político”. El problema es que mientras que la lucha política llevada adelante por el Partido implica “afiliados conscientes instruidos, que conozcan la justicia de la causa por ellos defendida, la Federación sólo exige a sus miembros buena voluntad, deseo de mejorar sus condiciones de existencia y espíritu de solidaridad”. Aunque, se reconoce, hay “un núcleo algo respetable de obreros conscientes y decididos”, éste núcleo no cuenta con “elementos suficientes para formar un Partido”; de esta forma, la táctica no puede pasar por la separación de ese grupo de conscientes sino por la difusión de las ideas socialistas a través de la formación de sociedades de resistencia que formen una gran Federación, “la cual puede sustituir al Partido dando lugar a éste mañana”. En el presente prima la inmadurez de “la clase proletaria argentina”, situación en la que el Partido, que necesariamente debe basarse en la instrucción y la adhesión consciente, sería sólo “un grupito de individuos sin medios de acción”. En cambio, se explica, los obreros inconscientes pueden ser un elemento propicio para las sociedades de resistencia en su lucha económica ya que, aunque no tengan la conciencia de su derecho, “el instinto de conservación -que puede más en nosotros que todas las sensaciones y todos los pensamientos- les obliga a parar mientes sin quererlo en su estado social y les inclina a unirse para resistir al explotador de su fuerza de trabajo”. La intensidad de los males, plantea el artículo acentuando un determinismo que permite colocar en un segundo plano la preocupación por la conciencia y los factores ideológicos —“obra en su ser a manera de reactivo y vuelven a la vida los corazones yertos por el indiferentismo”—, la violencia de la explotación capitalista hace nacer “aún en los obreros más ignorantes” el deseo de liberarse de ella. Se da así una “educación política negativa” en base a la cual los obreros no pueden aún formar parte del Partido Socialista, pero sí de una Federación de Sociedades Gremiales.¹⁵

En el calor de la polémica los argumentos se han ido radicalizando y el artículo concluye declarando, anticipando posiciones del “sindicalismo”, que “las sociedades gremiales serán la base de la futura Sociedad Socialista”. Estas anticipaciones también se dejan sentir en la afirmación de que “la Federación con fines económicos y políticos es el más firme baluarte del proletariado en lucha por su emancipación”. Esta noción reaparece en el artículo publicado en el mismo número que, pretendiendo dar fin a la polémica se titula “Punto Final”, y que reconstruye las causas de la disolución de la Federación por parte de los miembros de la “Sección Varia”, para concluir planteando que aunque la Federación muriera “mañana se levantará con más bríos, para honra y provecho de nuestra causa, la *Unión general de los trabajadores de la República Argentina*, cuya constitución apoyaremos con todos los medios a nuestro alcance”. En esta formulación final la forma de la Federación no era planteada como un expediente momentáneo en tanto no se dieran las condiciones para constituir un partido, sino como la forma perfecta de organización que concluía siendo planteada en términos cercanos a los del “sindicalismo”.

Mientras tanto, la mayor parte de los redactores del antiguo *El Obrero*, identificados con los postulados de la socialdemocracia alemana que subrayaba la centralidad de la lucha política y la consecuente necesidad de constituir un partido socialista, comenzaron, a partir del 11 de marzo de 1892, a publicar *El Socialista*; bajo el nombre, un subtítulo aclaraba que el periódico era “Órgano del Partido Obrero” y no de la “Federación Obrera”, como manifestaban tanto el antiguo como el nuevo *El Obrero*.

El primer número de *El Socialista* comenzaba con una afirmación de continuidad con el antiguo *El Obrero* —sosteniendo “Volvemos nuevamente a la lucha”— y con una explicación de los motivos de la desaparición de ese periódico, la que era dirigida al grupo opositor: no todos los que se dicen socialistas lo son, muchos “supuestos socialistas” no habían sido solidarios adeudando importantes recursos. El artículo concluye afirmando que sólo la propaganda de las teorías del “socialismo científico” —lo que deja implícito que no la participación en asociaciones gremiales—, permitiría formar un proletariado consciente, por lo que el pe-

riódico dedicará todos sus esfuerzos a esta propaganda. Esta tarea es abordada a continuación en un artículo destinado a fundamentar la necesidad de que el proletariado argentino siga el ejemplo de los “compañeros en Francia, Alemania e Inglaterra” y se prepare para la revolución. Esta, se afirma, está muy cerca: el capitalismo está socavando sus propias posiciones, llevando al “derrumbe” del sistema. A continuación se expone en forma ortodoxa el modelo de polarización de la sociedad que, se sostiene, ha llegado a su límite. El artículo concluía, en una velada intervención con respecto a la herencia de *El Obrero*, afirmando que quienes habían leído ese periódico conocían las tendencias e ideales que se propugnaban desde *El Socialista*. La polémica reaparecía en un diálogo en el que, a través de preguntas y respuestas, se daban las razones de la escisión explicando que los miembros del “Partido Socialista Obrero” también eran favorables a la existencia de una Federación Obrera, pero que se diferenciaban del grupo que ahora publicaba *El Obrero* porque proponían “separar la agitación política por el momento en el seno de las sociedades de resistencia, dejándoles en plena autonomía y contribuir con ellos para propagar la guerra de clases”. La distinción entre organismos políticos y gremiales, con la implícita prioridad de los primeros, posición que caracteriza tanto a la socialdemocracia como a la posterior línea del Partido Socialista, era afirmada frente a posiciones que enfatizaban el papel de los organismos gremiales.

También en línea con los postulados de la socialdemocracia se discutía con la visión anarquista de la revolución, afirmando que “la evolución de las cosas aumenta el poder influyente del socialismo sobre la sociedad existente hasta poder lanzarse a la revolución con éxito seguro”. Los socialistas científicos, explicaba siguiendo formulaciones canónicas, eran más “evolucionistas” que los utópicos y conspiradores, con los que se ligaba al anarquismo, por eso serían “más revolucionarios cuando el desarrollo de las cosas, o sea la evolución, habrá llegado (sic) el momento en que la revolución nacerá de la misma evolución”.¹⁶

Esta transformación, afirmaba el manifiesto publicado el 1º de mayo de 1893 en el último número de *El Socialista*, se daba fundamentalmente por medios pacíficos:

“para eso no usaremos ni del puñal, del incendio, ni de la dinamita, solo usaremos de las armas que nos dio la civilización, la libertad de imprenta, la unión de los trabajadores, y el sufragio universal, trinidad sacrosanta, credo social que nos llevará a la conquista de las últimas posiciones burguesas. Iremos a los Municipios, trabajadores a enseñarles la moral administrativa, iremos a la legislatura a enseñarles a legislar con equidad e independencia, e iremos al Poder Ejecutivo de la Provincia y de la Nación a enseñarles como se cumplen y ejecutan las leyes hechas por el pueblo representado en las Cámaras con legalidad y orden” (ES, 1/5/1893).

En este párrafo vemos esbozado un programa de acción política reformista el cual, de la misma forma que sucedía en la socialdemocracia alemana, no se contraponía a la idea de la necesidad del momento revolucionario. Las tendencias de la evolución histórica darían el triunfo al proletariado, el cual, empleando las “armas de la civilización” iría conquistando los poderes públicos desde los que se desencadenaría la obra de regeneración social.

El manifiesto concluía afirmando “Por el Partido Socialista Obrero, la Agrupación Socialista de Buenos Aires”. Era un reconocimiento de que el partido aún no existía y que era necesario emprender su formación. Esta tarea no sería emprendida por *El Socialista*, que dejaba de salir en esa fecha, y tampoco sería criticada por *El Obrero*, cuyo último número había aparecido el día anterior. En realidad, en sus últimos números, la polémica entre ambos había callado, y las críticas se habían concentrado en las posiciones anarquistas.¹⁷ De hecho, de las reuniones para editar un nuevo periódico socialista en agosto de 1894 participarían tanto Augusto Kühn, editor de *El Socialista*, como Esteban Jiménez, uno de los principales redactores del segundo *El Obrero* así como un joven médico, quien se convertiría en la principal figura del futuro Partido Socialista: Juan B. Justo. El nuevo periódico, que se denominaría *La Vanguardia* y comenzaría a publicarse en abril de 1894, haría de la importancia de la participación política y la necesidad de constituir un Partido Socialista, dos tópicos fundamentales de propaganda.¹⁸

Conclusiones

Como vimos, la posición predominante en *El Obrero* —y después en *El Socialista*— no se distanciaba de la línea en ese momento predominante en el movimiento socialista internacional, sostenida por la socialdemocracia alemana, y en particular por su principal teórico, Karl Kautsky. En esta concepción la revolución era entendida como la coronación de tendencias evolutivas, las que eran vistas como férreas leyes, que llevaban al fin de la pequeña propiedad, a la simplificación y polarización social y, lo más importante, al crecimiento numérico, la homogeneización y organización del proletariado. Estas tendencias orientadas a convertir al proletariado en clase dominante se coronarían con el acceso, no necesariamente violento, al control del Estado y los poderes públicos, desde los que se llevaría adelante la reorganización de la sociedad. En esta perspectiva fuertemente determinista de la revolución no había lugar para una alianza con clases como la pequeña burguesía, a la que se consideraba condenada.

En el caso de *El Obrero*, estos supuestos deterministas se expresaron tanto en la asignación de un papel progresivo al gran capital extranjero, como en la idea de un necesario desarrollo del capitalismo agrario, opuesto tanto a los grandes hacendados como a los pequeños propietarios y chacareros. De esta forma —se confiaba— se daría una simplificación que acabaría con los restos feudales, entre los que se ubicaba a los terratenientes, pero también a la pequeña burguesía urbana y rural, instalándose un régimen burgués puro contra el cual el proletariado daría su lucha. En este esquema la “simpatía” hacia la Unión Cívica Radical, fuerza a la que se considera representante de la pequeña burguesía, se explica por el papel, poco consciente, de esta fuerza en el combate contra grandes hacendados y gobiernos caudillistas. Pero, como para llevar adelante este lucha la pequeña burguesía contaba con el impulso de la fuerza dinámica del gran capital extranjero en su combate con los grandes terratenientes y los gobiernos caudillistas, no necesitaba del apoyo del proletariado. El carácter determinado del proceso hacía así innecesarias las alianzas políticas. Como vimos, esta caracterización módicamente positiva de la pequeña burguesía comenzaría a debilitarse al afirmarse, en consonan-



Frans Masereel

cia con las resoluciones de Erfurt, la confianza en un triunfo del proletariado en los países centrales, lo que permitiría saltar por sobre la “etapa democrática”. La tarea del proletariado, entonces, era prepararse para ese día.

Referencias bibliográficas

- Aricó, José (1999): *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana.
- García Costa, Víctor (1985): “Introducción” a *El Obrero: selección de textos*, Buenos Aires, CEAL.
- Geli, Patricio y Prislei, Leticia (1993): “Una estrategia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo” en *Entrepasados. Revista de Historia*, a. III, n° 4-5, Buenos Aires.
- Falcón, Ricardo (1984): *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, CEAL.
- Kautsky, Karl (1978): *La revolución social. El camino del poder*, México, Pasado y Presente.
- Paso, Leonardo (1974): “Introducción” a *La clase obrera y el nacimiento del marxismo en la Argentina. Selección de Artículos de Germán Avé Lallemand*, Buenos Aires, Anteo.
- (1983): *Historia de los partidos políticos en Argentina*, Buenos Aires, Directa.
- (1988): *Origen histórico de los partidos políticos*, Buenos Aires, CEAL.
- Portantiero, Juan Carlos (1999): *Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina moderna*, Buenos Aires, FCE.
- Ratzer, José (1969): *Los marxistas argentinos del '90*, Córdoba, Pasado y Presente.

Fuentes consultadas

- *El Obrero*, 1ª época. Números 1(12/12/1890) al 88 (24/9/92). Disponible en el CeDInCI.
- *El Obrero*, 2ª época. Números 89(4/2/1893) al 98 (30/4/93). Disponible en el CeDInCI.
- *El Socialista*. Números 1 (11/3/1893) al 6 (1/5/1893). Disponible en el CeDInCI.

1 Como plantea Aricó (1999) el trabajo presenta “una visión fuertemente ideologizada y anacrónica de los términos del debate en el interior del Partido Socialista”. Creemos que

este carácter anacrónico se explica por la polémica indirecta que Ratzer sostenía, a través de este trabajo, con la conducción del Partido Comunista, planteando que así como la línea marxista revolucionaria fundadora presente en los orígenes del PS y silenciada luego, reapareció luego en la fundación del PC, esta línea (revolucionaria) nuevamente silenciada, estaba pronta a reaparecer. Esta lectura suponía, en primer lugar, la existencia de una línea atemporal que podría ser definida como “marxista revolucionaria” y en segundo lugar, que esta línea atemporal podía ser identificada con las posiciones del marxismo leninismo, lo que hacía imposible comprender diferentes posiciones (por ejemplo, con respecto al papel del gran capital, la “cuestión agraria” o la política de alianzas) sostenidas desde el grupo marxista que, obviamente, no partía de posiciones leninistas sino más bien de un determinismo económico como el que en ese momento era impulsado por figuras como Kautsky.

- 2 En este estudio inicial, Paso discute con las posiciones de teóricos de la “izquierda nacional”, en especial con Juan José Hernández Arregui. Al planteo de éstos, que sostenían que los “primeros marxistas” eran un grupo de extranjeros que no habían logrado comprender la cuestión nacional y que no se habrían interesado en la organización de los sectores populares del interior, tareas tomadas en sus manos por el yrigoyenismo y, sobre todo, posteriormente por el peronismo, Paso responde subrayando las críticas de Lallemand al imperialismo inglés y germánico, y su preocupación por la situación de los trabajadores del interior del país. Aunque Paso reconoce ciertos problemas en la caracterización del papel del capital extranjero y de las posibilidades de desarrollo de la pequeña propiedad, su mirada concluye valorando las posiciones de Lallemand con respecto a las del “reformismo” que posteriormente adoptará el Partido Socialista.
- 3 Una excepción la encontramos en el estudio inicial con el que Víctor García Costa (1985) acompaña la publicación de una selección de artículos de *El Obrero*. Este trabajo, concentrado en los rasgos biográficos de Lallemand y su papel en el desarrollo de *El Obrero*, comparte los rasgos predominantes en el período previo: su carácter hagiográfico y los motivos de polémica política. Así, se enfatiza la firme oposición al “revisionismo bernsteiniano” que habría teñido posteriormente al Partido Socialista, posición con la cual, en lo que considera su encarnación por la conducción histórica del Partido Socialista Democrático, García Costa está discutiendo.
- 4 Sin embargo, Aricó encuentra un pensador socialista latinoamericano que afrontó el desafío de construir un pensamiento que entroncara al socialismo con las particularidades de las sociedades latinoamericanas: Juan B. Justo, separado del grupo de socialdemócratas alemanes, por su esfuerzo por pensar al socialismo en continuidad con las luchas populares argentinas y por su rechazo a la creencia en la existencia de contradicciones que llevarán al capitalismo al derrumbe ineluctable. En base a estas ideas, sostiene Aricó, Justo formuló una original propuesta de transformación socialista a la que denomina la “hipótesis de Justo”, la que se impuso gradualmente como estrategia

política socialista.

- 5 Falcón señala que en el período posterior a Caseros y paralelamente al crecimiento de una capa de trabajadores ligados al creciente mercado de consumo urbano, se constituyen las primeras sociedades mutualistas y con ellos los primeros diarios socialistas como *El Proletario*, publicado por la comunidad negra y mulata, *El Artesano*, que profesaba una ideología socialista, reformista y republicana. En el desarrollo posterior de la prensa socialista tiene un rol fundamental el gremio de los tipógrafos, quienes no sólo crean la primera sociedad mutual y llevan adelante la primera huelga, sino que, a través de sus *Anales*, periódico enviado en 1870 al Consejo General de Londres, establecen los primeros contactos con la Asociación Internacional de Trabajadores (Falcón, 1984).
- 6 La Federación Obrera nació como consecuencia del llamado que el Congreso de París de 1889 realizó a los movimientos de diversos países para realizar actos el 1º de mayo en reclamo de la jornada de 8 horas. Siguiendo esto, el Club *Vorwärts* convocó el 30 de mayo de 1890 a una reunión organizativa en la que se decidió constituir una Federación, publicar un periódico y enviar una petición al Congreso Nacional. Finalmente, el acto fue convocado conjuntamente por el *Vorwärts*, tres sociedades de resistencia y varias asociaciones de extranjeros, y en él participaron junto a los socialistas algunos anarquistas. Meses después se reunieron y fundaron la Federación de los Trabajadores de la Región Argentina que realizó su congreso en 1891, donde adoptó un programa y formuló un pliego de reclamos para ser presentado al Poder Ejecutivo, al Congreso, al Consejo Deliberante y a las legislaturas provinciales. Se decidió también, crear un periódico: *El Obrero*.
- 7 En ocasiones, el carácter determinado y fatal era presentado en formas más vinculadas a los postulados positivistas. Un ejemplo lo encontramos en el artículo titulado "La misión del proletariado", en el que esta misión se fundamenta en tendencias evolutivas que, se sostiene, marcan un paralelo entre historia natural e historia social (2/1/1891).
- 8 En el texto que abre el primer número, se sostiene que *El Obrero* tiene como objetivo "defender en primer lugar el salario para facilitar una existencia humana a los trabajadores asalariados y (...) en segundo lugar, ser propagandistas de la sublime doctrina del socialismo científico, que enseña al proletariado como él está llamado a ser el poderoso agente por cuya acción la humanidad conquistará el máximo grado de libertad posible." Se manifiestan aquí las dos dimensiones, la de la lucha económica y la política, la inmediata y reivindicativa y la programática y orientada al futuro, que entrarán en tensión posteriormente en la división entre los defensores de la Federación Obrera y los que propongan constituir un Partido Socialista.
- 9 Esta apuesta es explícitamente fundamentada en un artículo publicado en el nº 9, que versa sobre la petición presentada al Congreso reclamando leyes de protección a los trabajadores. En él se plantea que una vez que se instale "un régimen democrático puro en lugar del miserable caudillaje actual la legislatura se verá obligada a dictar las le-

yes que pedimos, no obstante de los esfuerzos que en sentido contrario harán nuestros enemigos más implacables, los miembros de la clase de los grandes hacendados". El artículo concluye llamando a los proletarios a unirse en una poderosa asociación para obligar a sus enemigos a reconocer sus derechos. Podemos observar aquí que las tendencias históricas llevan a la imposición del régimen burgués puro y al debilitamiento del dominio de los grandes hacendados, por lo que el reconocimiento del carácter de "enemigos más implacables" de éstos, no lleva a la formulación de una estrategia de alianzas con otros sectores sociales, sino a enfatizar el fortalecimiento de los órganos de clase.

- 10 En la sección "Revista del Interior" correspondiente al nº 4 (*EO*, 17/1/1891) se reconstruye el manejo que Pellegrini y su ministro de Hacienda hacen de la situación económica. Se pronostica que en base al curso económico fijado "vamos a pasos agigantados a la ejecución por los banqueros ingleses". La evaluación es explícita: "¡Tanto mejor!". En el nº 20 del periódico, publicado en mayo de 1891, un artículo titulado "Nuestros amos", comenta el descontento de los banqueros ingleses por los atrasos en los pagos de la deuda, y concluye reafirmando la perspectiva de una intervención directa ligada a los grandes capitales extranjeros: "Algún día vendrá en que Buenos Aires verá una nubecita en el horizonte, y ésta será la escuadra inglesa".
- 11 Esta mirada sólo sería interrumpida por esporádicas intervenciones que reivindicarían en términos morales a la figura de Alem o al radicalismo puntano, con el cual Lallemand tenía lazos no sólo políticos sino también familiares.
- 12 En los últimos números de *El Obrero* la reconstrucción del conflicto al interior de las clases dominantes ocupa un lugar central. Así, en el nº 86 se contraponen a los "chacareños, hortelanos y verduleros (que) pagan un 90% de la renta que da la tierra en contribuciones" con los grandes hacendados que "no quieren pagar contribuciones, como debían". Se explica a continuación que "la Sociedad Rural, y la Nueva Liga Agraria, sociedades para la defensa de los intereses de los grandes hacendados, se han fusionado para resistir al recargo de la contribución directa con que les amenaza el gobierno" forzado por los acreedores ingleses a aumentar los impuestos. En el número siguiente (17/9/1892) se comenta la "fusión" entre ambas organizaciones, después de la cual "La Liga Agraria pues es un partido poderosísimo. El partido de los bueyes gordos. ¿Quién podrá luchar con ellos?". La respuesta nuevamente no se encuentra en las filas de la pequeña burguesía o el mismo proletariado. "¿Quién? Los acreedores ingleses y los próceres de la bolsa de efectos, la alta finanza, bien pronto tomarán posiciones para hacerles pagar a los bueyes gordos su parte correspondiente de la deuda pública. Pues los hombres de la Bolsa forman un partido no menos fuerte que el de los grandes hacendados (...) Muy pronto veremos entablarse la guerra abierta entre los Agrarios y los Bolsistas- Financistas con saña tenaz". Observamos aquí la caracterización de las fuerzas sociales como partidos, las que, se espera confiando en la progresiva transparencia de las relaciones políticas, llevarán adelante pronto la guerra entre sí. En el número siguiente

(24/9/1892) se cree asistir al comienzo de la guerra en un informe del ministro de Hacienda, el señor Hansen, que plantea que el sistema proteccionista no es favorable para el país, que encarece los artículos de consumo y aumenta la explotación de los obreros. Ante esto, la redacción del periódico no sólo recuerda que ellos sostienen lo mismo desde hace dos años sino encuentra en ello una defensa exclusiva de los intereses agrarios: “Resulta a la vista que el S. Hansen es Agrariopuro. La clase de los grandes hacendados y sus intereses son aquellos que deben según él gozar, expresivamente de la protección del Estado. La industria cría la explotación de los niños y el despotismo patronal. El S. ministro quiere que solamente los gran-hacendados tengan el derecho de explotar y oprimir a sus peones (...) Muy bien S. ministro! Los Agrarios le agradecerán y sabrán tirar inmediatamente provecho de este informe, que contribuirá en grado superlativo para que se pronuncien más los antagonismos entre los gran-hacendados y los industriales capitalistas. Por primera vez que en la Argentina una clase social, la que dispone del poder del Estado, declara la guerra tan franca y genuinamente a una otra. Agrarios contra industriales! Conservativos contra liberales! Nosotros los proletarios socialistas saludamos con júbilo esta declaración de guerra.”

13 El Partido Socialdemócrata alemán había crecido fuertemente en la década de 1880 a pesar (o a causa de) las leyes antisocialistas impulsadas por Bismarck. Durante este período el partido, en el que el sector encabezado por Bebel y Liebknecht e identificado con el marxismo había obtenido el liderazgo, no había podido reunirse y modificar el ambiguo programa adoptado en el Congreso de Gotha de 1875. Una vez que estas leyes fueron levantadas -en 1890-, el partido decidió cambiar dicho programa. En vistas a ello, Engels publica en 1891, en *Die Neue Zeit* el órgano de discusión dirigido por el principal teórico del partido Karl Kautsky, un texto conteniendo las críticas que Marx había formulado al viejo programa (la hoy famosa “Crítica al Programa de Gotha”). En los meses siguientes, Engels, Kautsky y Bernstein formulan los puntos principales del proyecto de programa, que es aprobado por el Congreso de Erfurt en el mes de octubre de 1891; el texto del programa y su explicación por parte de Kautsky constituirían la versión canónica de la política socialdemócrata hasta la Gran Guerra. El programa estaba compuesto por una primera parte de exposición doctrinaria en la que se planteaban las leyes de tendencia histórica del capitalismo que conducían necesariamente a la revolución proletaria — aunque no había referencias al carácter violento de la misma—, y una segunda parte que incluía una amplia gama de reformas inmediatas de carácter económico, social y político. De la parte teórica del programa se desprendía una gran confianza en el carácter férreo de las leyes de tendencia de la evolución del capitalismo, las que estaban llevando al crecimiento absoluto y relativo del proletariado, a su mayor homogeneidad (eliminando las tendencias particularistas de la aristocracia obrera), las que por tanto aseguraban el triunfo del Partido Socialdemócrata, el que sólo debía educar al proletariado y mantenerlo unido. Se planteaba así la actitud de espera confiada que sería sintetizada por Kautsky (1978: 211) en su “Catecismo”: “la so-

cialdemocracia es un partido revolucionario; no es un partido que hace revoluciones.” El triunfo socialista sólo podría provenir de una revolución, pero ésta no podía ser iniciada voluntariamente, sino que su momento estaba determinado por la necesidad histórica. El carácter determinado de las tendencias históricas colocaba en un lugar central la distancia del proletariado con respecto al resto de las clases sociales, en particular con respecto a la pequeña burguesía. Por otro lado, la centralidad de la tarea educativa y organizativa orientada al momento revolucionario, llevaba a enfatizar la importancia de la lucha política y la necesidad de constituirse en partido para ello, así como la prioridad del partido así constituido sobre las formas de organización sindical.

14 La discontinuidad se hace explícita en la reivindicación que en el n° 90 se hace del periódico *Vorwärts*, tan criticado en los últimos números de la primera época, del que se elogia su disciplina. El artículo recuerda que el *Vorwärts* había aportado en 1890 la mayor parte de los recursos necesarios para la fundación de *El Obrero*, planteando una veldada crítica hacia los que posteriormente alejaron el periódico de la institución que lo apoyó. El artículo concluye apelando a la unidad y a la disciplina, llamando a respetar el voto de las mayorías, el que se acusa no se respetó al disolver la Federación y a convencerse de que “no basta ser socialistas... *de pensamiento!* Hay que serlo también, *de obra*”, en contraposición a la anterior prédica contra “los hombres prácticos” y la importancia de la teoría.

15 Encontramos aquí otra señal de discontinuidad con el antiguo *El Obrero*, ya que los argumentos empleados para explicar la imposibilidad de constituir un Partido y la necesidad de reforzar la Federación son similares a los que habían sido ridiculizados desde el periódico en polémica con el *Vorwärts* (en el n° 60 antes comentado).

16 No existían, se explicaba, diferencias de principio entre el socialismo revolucionario y el evolucionario, sino que mientras “el primero se contenta con esperar que venga el momento oportuno en que el proletariado estará suficientemente fuerte para lanzarse a la revolución social, entretanto que el segundo opina que mucho antes que de aquel momento, el proletariado podrá hacer valer su influencia para conseguir ciertas reformas que facilitarán la transformación del modo de producción en el sentido como él lo anhela, y acortaría el tiempo hasta la revolución notablemente.” Frente a las “locuras revolucionarias que peroran los anarquistas”, “griterías” que favorecían a la burguesía, se afirmaba la idea de que era la evolución —el desarrollo capitalista—, la que había creado al proletariado, y era ésta evolución la que “tomará la forma de la revolución”, de modo que la producción capitalista se transforme en socialista.

17 En el anteúltimo número de *El Obrero* se publica una dura crítica a “los compañeros de la escuela anárquica”, en la cual se rechaza la idea de una espera del momento revolucionario, así como la de una reacción automática originada en la miseria, ideas que se planteaban en anteriores intervenciones. Frente a ello, se reivindica el uso de los derechos reconocidos en el orden burgués para desarrollar la

fuerza que dará el triunfo al proletariado. Esta, se explica, es la táctica del Partido Socialista Obrero, el que aquí no aparece contrapuesto a la Federación.

18 Por otra parte, las diferencias no se disolvieron tan rápidamente, por lo cual el club *Vorwärts* no participa de la fundación del Partido Socialista Obrero Internacional que, en abril de 1894, surge de la confluencia de la "Agrupación Socialista", el club *Les Egaux* y el *Fascio dei Lavoratori*. Sin embargo, en 1895 el *Vorwärts* decidió incorporarse — lo mismo sucede con el Centro Socialista Universitario. Su local será la sede, en junio de 1896, del Congreso fundador del Partido Socialista Obrero Argentino.



Walter Quirt